

## "MANUEL RODRIGUEZ", de Jorge Díaz Gutiérrez

Dirección: Teodoro Lowey. Intérpretes: Jorge Alvarez, Maruja Cifuentes, Mireya Véliz, Sylvia Infantas, Marcelo Gaete, Sergio Urriola, Ricardo Moller, Anita Mirlo, etc. Bocetos de decorados: Ricardo Moreno, realizados por Vicente Peralta. Música: Vicente Bianchi.

"Echando a perder se aprende", dice un viejo y sabio refrán. Y nada es más cierto. Lamentablemente, en Chile el precio de esta experiencia resulta demasiado onerosa y, a veces, hasta imposible. De allí que muchas empresas, ilusiones y proyectos no queden más que en eso: en simples planes que no cristalizan. O bien —cuando, por fortuna, se logran reunir los medios—, las actividades pocas veces logran ir más allá del primer intento. El caso más patente está en el cine chileno: cada cierto tiempo surgen los productores bien inspirados, deseosos de hacer más de una película...; pero los resultados de la obra inicial siempre determinan el fracaso de la empresa. La realidad artística, económica y cultural del país resulta limitada. La competencia es fuerte; el público afecto a las cosas nacionales, escaso.

En el cine hay que competir con el CinémaScope y las estrellas de renombre internacional. En la escena es preciso enfrentarse con el Teatro Experimental. Si el Experimental ha contribuido enormemente al desarrollo de las actividades teatrales en nuestro país, elevando la calidad artística de los espectáculos (gracias eso sí a generosas regalías de la Universidad de Chile), en cambio —sin proponérselo— está infiriendo un grave daño a las empresas particulares. Todos quieren (el público y las demás compañías) presentar los espectáculos "a la manera del Ex-

perimental". Plausible deseo, sin lugar a dudas... pero ¿quién puede competir en organización, experiencia y medios con el Teatro Experimental? ¿Quién podría presentar una temporada, aun a riesgo de perder dinero, como lo hace el TEUCH? El que así lo intente siempre saldrá derrotado.

Tal sucedió con "Manuel Rodríguez", la episódica obra del novel Jorge Díaz, que sirvió de debut a la Compañía de Teatro Independiente. Quisieron hacer el teatro a lo grande y perdieron las perspectivas, olvidando la realidad.

Las intenciones del grupo no pudieron ser mejores: contrataron a un director de prestigio, a actores profesionales de buenos antecedentes, a un escenógrafo de primerísima calidad, a un músico de fama continental. Y la empresa, por enorme y desorbitada, se devoró a sí misma.

Vayan estas palabras de preámbulo como campana de alerta para futuras iniciativas. Bien valía decir las para señalar los límites de nuestra realidad.

La obra de Jorge Díaz es elemental, pero tiene virtudes. La más evidente sería el diálogo directo, fresco y espontáneo. En cambio, no caló hondo en la psicología de los personajes, limitándose a ofrecer pequeños esbozos, rápidos apuntes, definiendo con acierto los tipos populares, a quienes imprimió calor humano.

Lamentablemente, la realización del espectáculo resultó catastrófica. Dividida en catorce cuadros, la obra sufre largas interrupciones, mientras se prepara la escenografía del episodio siguiente. Esta solución, absolutamente antiteatral, confabuló contra la pieza, pues —al promediar el primer cuarto de la obra— el espectador se ve invadido primero por la impaciencia, después por el tedio y, finalmente, por la desesperación. Probablemente, contando con medios más expeditos, que hubiesen dado una armónica continuidad al espectáculo, éste habría alcanzado su verdadera dimensión. Tal como está, se transforma en un triste martirio, difícil de juzgar.

En resumen: una empresa demasiado ambiciosa. Más vale empezar desde abajo.